

limbo

Núm. 40, 2020, pp. 27-42

ISSN: 0210-1602

En torno a Santayana:
El egotismo, Nietzsche y la Primera Guerra Mundial

MIGUEL MOREY

*Sometimes, indeed, a more wistful mood overtook him,
and he wondered whether the human mind would be
able to endure the light of truth.*

[Santayana (1916), p. 128]

RESUMEN

En *Egotism in German Philosophy*, publicado en 1916, Santayana lleva a cabo su análisis más pormenorizado de Nietzsche, vinculándolo a un término que había hecho furor años atrás, el *egotismo*. Estas dos circunstancias, el peso de la noción de egotismo en su apreciación del pensamiento nietzscheano, y una atmósfera intelectual enrarecida por la guerra, limitan de modo manifiesto los alcances de su tratamiento. El presente texto propone una primera aproximación a estas limitaciones.

Palabras clave: egotismo, Nietzsche, Primera guerra mundial

ABSTRACT

In *Egotism in German Philosophy* (1916), Santayana presents his more detailed analysis of Nietzsche, linking it to a term that was more impressive for several decades before, that is *egotism*. The two circumstances, the weight of the notion of egotism in his appreciation of Nietzsche, and the

tense intellectual atmosphere caused by the war, clearly limit the scope of his approach. This paper proposes a preliminary approach to these limitations.

Keywords: Egotism, Nietzsche, First World War

I.

Tal como aparece por vez primera en el DRAE, en 1927, *egotismo* tiene el significado de: «Afán de hablar uno de sí mismo o de afirmar su personalidad», definición que, con ligeras variantes, se ha conservado hasta la presente, en la que se añade: «Del inglés *egotism*, y éste derivado del latín *ego*, “yo”». ¹ La historia de esta derivación tiene sin embargo algo de rocambolesco. Su uso en inglés está atestado desde 1714, y se atribuye al ensayista y poeta británico Joseph Addison, a pesar de que éste dice tomar el término del francés, en concreto de la crítica que se lleva a cabo en *La Logique ou l'Art de penser* de Port Royal (1.ª edición, París 1662), «al uso excesivo del *yo*». Así, dice Addison: «Los caballeros de Port-Royal, que fueron más eminentes que cualquier otro en Francia por su estudio y su humildad, desterraron la forma de hablar en primera persona de todas sus obras, como si surgiera de la vanagloria y la soberbia. Para mostrar su particular aversión a ella, marcaron esta forma de escritura con el nombre de egotismo: una figura que no se encuentra entre los antiguos retóricos». ² Y remata: «tal vez el más eminente egotista que haya existido en el mundo, fue Montaigne, el autor de los célebres *Ensayos*». ³ Así pues, la primera aparición en inglés remite al francés de Port Royal, aunque en sus escritos no comparezca el término literalmente, sin embargo sí lo hace la idea en la que encuentra nacimiento el neologismo, que nombra la desmesura en el «parler de soy-même».

2.

Conforme se acerca el cambio de siglo, lo que el término egotismo nombra va experimentando una transformación progresiva, de modo que, finalmente, la figura retórica del barroco acabará por nombrar un carácter psicológico o rasgo de la personalidad, que vendrá a acomodarse con naturalidad en el seno del romanticismo. Hoy suele decirse que fue Stendhal quien importó el anglicismo a la lengua francesa, pero en su momento el mérito le correspondió a George Sand.⁴ Sin embargo, la publicación póstuma (por deseo expreso de su autor) del libro de Stendhal, *Souvenirs d'Égotisme*, en 1892, será lo que acabará de darle la pátina literaria que en adelante tendrá la noción; y es que, por más que el término apenas aparezca en el texto, todo su recorrido podría presentarse como una muestra de egotismo bien entendido. A lo que hay que añadir que la casi única aparición del término ha pasado a ser canónica por lo que hace al tema. Donde dice: «Si este libro resulta aburrido, dentro de dos años servirá para envolver la mantequilla en el colmado; si no aburre, se verá que el egotismo, *si es sincero* [*mais sincère*], es un modo de pintar este corazón humano en cuyo conocimiento hemos hecho pasos de gigante desde 1721, época de las *Lettres persanes* de aquel gran hombre que tanto he estudiado: Montesquieu» [Stendhal (1922), p. 84]. Será sin duda Stendhal el emblema de esta forma de entender el egotismo, como modalidad de introspección que, sin embargo, conserva algo del antiguo matiz retórico, al quedar vinculado directamente con la forma *diario*, y siendo la confesionalidad lo que legitima su ejercicio.

3.

A lo largo del siglo XIX, el sentido psicológico del que se había dotado el término siguió la evolución de la propia psicología como disciplina, que pasó de ser competencia de la filosofía, en tanto que *Psychologia rationalis*, o estudio del alma racional, a buscar su au-

tonomía en tanto que ciencia, como psicología experimental. Respecto del egotismo, conforme se acerca el cambio de siglo se hará patente el intento de convertir en una entidad patológica esa característica individual que hasta el momento se venía entendiendo como una peculiaridad de temperamento. Excuso decir que el vector científicista que sigue la evolución no impide la coexistencia más o menos pacífica de los tres tipos de discurso que podríamos llamar *psicologistas*, entremezclándose no pocas veces. Situándonos en los ejemplos extremos, tendríamos de un lado, en 1883, la publicación por Paul Bourget de sus celebradísimos *Essais de psychologie contemporaine*, donde se propone estudiar las obras literarias como «educadoras del espíritu y el corazón»; y desde esta idea moral de la psicología se acercará al egotismo de Stendhal.⁵ Mientras que, del otro lado, pocos años después, se haría aún más célebre la obra del médico y ensayista judío Max Nordau, *Entartung*, donde tomando como objeto las tendencias estéticas *degeneradas* («Fin de Siècle» se titula el primer libro), dedica íntegro el libro tercero al análisis del egotismo [«Die Ich-Sucht», pp. 3-406] desde el punto de vista de la psicología científica; para la cual, por lo visto, «los nervios sensoriales malos conductores, los centros de percepción del cerebro obtusos, la debilidad de la voluntad y la consiguiente incapacidad de atención, los procesos vitales enfermizamente irregulares y violentos en las células, son consecuentemente las bases orgánicas sobre las que crece el egotismo» [Nordau (1892), pp. 28-29].⁶ Nordau dedicará el último capítulo de su libro tercero precisamente a Nietzsche, fallecido dos años atrás, tras sobrevivir once años ausente. Y tiene algo de sentencia su libro, el espectro de la enfermedad mental sobrevolará la noción de egotismo en adelante.

4.

Desde el fallecimiento de Nietzsche hasta la publicación en 1916 del texto de Santayana *Egotism in German Philosophy*,⁷ las monografías sobre Nietzsche no harán más que crecer, produciéndose una

muy notable inflexión a partir del comienzo de la Primera Guerra Mundial, que hará aumentar exponencialmente su «unenviable notoriety» [Wolf (1915), p. 9].⁸ Pero ya desde principios de siglo, la continua edición de documentos por parte del *Nietzsche-Archiv* (en especial la selección espuria de fragmentos suyos con el título de *Der Wille zur Macht*, en C. G. Naumann, Leipzig, 1901) no hará sino nutrir y estimular esa tendencia. En la mayor parte de estas publicaciones, la noción de egotismo y su área de vecindad tendrán asignado un lugar significativo. A lo que debe añadirse otro detalle, el emparejamiento que se establece entre Nietzsche y Stirner, como representantes de un egoísmo entendido como «fase madura de la humanidad»; y el surgimiento subsiguiente a principios del siglo de un anarquismo egoísta, reclamándose de esta tradición y funcionando como una caja de resonancia inesperada para la noción de *egotismo*, que podrá ser reivindicado ahora como una forma de excelencia.⁹

5.

En 1898, cuando Henri Lichtenberger publica *La Philosophie de Nietzsche* (Félix Alcan, París), parece sentirse obligado a salir al paso de las objeciones más frecuentes que se han hecho a su pensamiento, y ya aparece ahí la noción, entre los reproches, a «sus instintos reaccionarios, su pretendido cinismo, su diletantismo, su egotismo, su dureza hacia los débiles...» [Lichtenberger (1898), p. 177]; al igual que, el mismo año, el pionero George Brandes se había sentido obligado a advertir que «no había que entregar determinadas acciones a la mala conciencia, simplemente porque hayan sido calumniadas como egotistas [*maligned as egotistical*]» [Brandes (1915), p. 27]. Este par de ejemplos dejan suficientemente en claro la importancia que ha adquirido la noción en la interpretación de su pensamiento. Conforme se van sumando voces al concierto, tanto se desmiente que pueda aplicársele a Nietzsche tal noción como se reivindica brazo en alto, y puede entenderse el egotismo como algo casi divino o bien como lo más abyecto. Lou Salomé brinda un ejemplo temprano

nero y de primera mano. «La idea del “individuo sublime” [*erhabenen Einzelnen*], y la de que solo en virtud de éste existe el resto, los seres “fabricados en cadena por la Naturaleza”, es uno de esos pensamientos fundamentales de Schopenhauer del que Nietzsche jamás se deshizo. Algo en su espíritu más íntimo [*innersten Geist*] ansiaba, insaciable, tanto la descomunal elevación del egoísmo [*Egoistischen*] al rango de ese ideal de sí [*Idealselbstische*] que en él reside, como la parte oscura de ese destino humano superior, la “soledad” [*Einsamen*] y el “heroísmo” [*Heroischen*]» [Salomé (1894), pp. 71-72]. Otro testimonio temprano e igualmente valioso es el de Émile Faguet, por el emparejamiento que hace entre el egotismo y el *conatus* spinozista, traducido como *to persevere in the being*; la equivalencia se remonta por lo menos a Emerson, pero reactivada ahora dará un juego notable.¹⁰ Podríamos cerrar este muestrario con un último ejemplo, chocante por extremo; el egotismo convertido en consigna propagandística: «*Christian altruism is the mob-egotism of the weak*».¹¹

6.

Pocos meses antes de la publicación de *El egotismo en la filosofía alemana*, el filósofo británico de origen ruso Abraham Wolf ha estado impartiendo unas lecciones sobre Nietzsche en la Universidad de Londres, y es bien significativo que tuviera que comenzar dedicando la inaugural a la guerra en curso, tal como se recoge en su posterior edición. La posición de Wolf ante *el caso* Nietzsche es clara: «Para aquellos que realmente conocen a Nietzsche, pocas cosas pueden parecer más injustificadas y absurdas que el constante emparejamiento de su nombre con los de Bernhardi y Treitschke, como uno de los principales inspiradores de la presente guerra, que un librero emprendedor del centro de Londres acaba de bautizar como *The Euro-Nietzschean war*» [Wolf (1915), pp. 8-9].¹² Hay que añadir que Heinrich von Treitschke fue un historiador y politólogo alemán, muerto en 1896, cuyo texto *Deutsche Kämpfe, neue*

Folge, se consideró un clásico del nacionalismo belicista, aquejado de un claro chauvinismo anti-británico.¹³ Por su parte, la historia de Friedrich von Bernhardi es ejemplar al respecto: nacido en San Petesburgo en 1849, había participado como teniente de caballería en la guerra franco-prusiana (1870-71), siendo el primer oficial alemán que desfiló en París bajo el Arco del Triunfo. En 1915 es general del ejército prusiano y probablemente el militar más prestigioso del bando alemán. Hacía unos pocos años había publicado *Deutschland und der Nächste Krieg*, que será considerado la proclama y el anuncio que ha de conducir directamente a la Primera Guerra Mundial. «Nadie puede dejar de ver que hemos llegado a una crisis en nuestro desarrollo nacional y político. En tales momentos es necesario ser absolutamente claro en tres puntos: los objetivos a alcanzar, las dificultades a superar y los sacrificios a hacer» —declara en el prefacio—. ¹⁴ Y en el capítulo primero, «El derecho a hacer la guerra», aparecerán citados casi al completo, como legitimadores de ese derecho, todos los integrantes de aquel Espíritu Alemán que fuera reivindicado por Nietzsche en sus años jóvenes, desde Lutero y Kant hasta Goethe, Schlegel o Schiller. No es así de extrañar que el lector apresurado pudiera reconocer, en el ideario que sostiene a Bernhardi, el eco insistente de un espíritu que Nietzsche convocó a menudo.

7.

Santayana intentó repetidamente que su libro no se leyera como uno más de los panfletos publicados desde uno y otro bando en contienda; y se comprende que tratara de desvincular su texto de la guerra, aun cuando ésta le brindara la ocasión propicia.¹⁵ En cierto sentido, el itinerario de pensamiento que propone pasa a través de buena parte de las figuras reivindicadas por Bernhardi, pero como recorriéndolas a contrapelo. Si allí eran llamadas a escena para que exaltaran las virtudes del heroísmo de la voluntad, Santayana convertirá ahora esas virtudes en síntoma de una enfermedad del alma, el egotismo. Y no es la primera vez que usa el concepto, muy al con-

trario, está incorporado en su pensamiento desde antiguo,¹⁶ aunque ahora será la ocasión de encararlo de frente y paso a paso en su despliegue histórico en lengua alemana, toda una oportunidad para ajustar cuentas con un fantasma insistente (y también con algún que otro colega). Así, a la vez que como un itinerario del egotismo a lo largo de la historia del pensamiento alemán, cada capítulo se dejaría leer también como un pequeño manifiesto en el que el autor enumeraría las razones que le impiden asentir a un determinado modo de pensar o asumir tal postulado moral, en la medida en que remiten a una comprensión egotista de lo real. Podrían retitularse los capítulos en este sentido (por qué no puedo ser protestante, por qué no puedo ser trascendentalista...) y, dejando de lado la inelegancia estilística, los nuevos títulos por lo general no desencaminarían al lector respecto del contenido. Esto es así también en los tres capítulos que dedica a Nietzsche en su libro (§11-13, «Nietzsche y Schopenhauer», «La ética de Nietzsche» y «El superhombre»), en los que apenas nada permite reconocer el notable interés que le había despertado en el pasado. También en ellos la vara por la que se mide qué es egotismo y qué no remite en última instancia a Emerson, y aunque sabemos que Santayana ha ido estilizando la noción con el tiempo, aquí la usa en sus formulaciones más primarias, conforme al lector común al que va destinado el texto. Y es bien curioso que sea un autor como Emerson, que viajó siempre en la maleta de Nietzsche, el que brinde la panoplia de argumentos que permiten descalificar su pensamiento. Y sin embargo es así, basta recordar como ejemplo el siguiente *dictum* de Emerson. «La peste de la sociedad son los egotistas. Hay egotistas sosos y brillantes, sagrados y profanos, groseros y finos. Es una enfermedad que como la gripe ataca a todas las constituciones. En el moquillo [*distemper*] conocido por los médicos como *corea*, el paciente a veces se da la vuelta y comienza a girar lentamente alrededor de un punto. ¿Es el egotismo una variedad metafísica de esta enfermedad? El hombre corre alrededor de un tintineo [*a ting*] producto de su propio talento, cae en la admiración de éste, y pierde la relación con el mundo» [Eme-

son (2000), p. 643]. La última frase nos ofrece un patrón de la perspectiva desde la que juzga Santayana, nos señala sus pasos, podría decirse: primero el reconocimiento del talento (relativo) de Nietzsche y la identificación de su tintineo fundamental; luego, la denuncia de la extrapolación de esta ilusión como criterio de explicación universal; y para terminar, la constatación de la consiguiente ceguera ante la realidad (con la posibilidad de intercambiar el segundo y el tercer paso, según la ocasión). Como si fuera una operación que se reitera a diferentes escalas, pero según el mismo bajo fundamental, la denuncia de un mismo error iterada en continuidad. De ahí tal vez esa impresión que se desprende de las páginas, de cansancio a veces, como si estuviera repitiendo en ellas algo que ya tiene muy pensado, por última vez quizá, para zanjar finalmente la cuestión. De hecho, con Nietzsche concluye el despliegue de figuras representativas del egotismo en el libro, como una suerte de *non plus ultra*. Y en el libro mismo, también hay un adiós: cuando termine la guerra, Santayana rechazará la oferta de Oxford y se retirará a vivir a Roma, para siempre.

8.

Cuando le corresponde el turno a Nietzsche, Santayana ha cubierto ya casi todo el recorrido, de Lutero y Kant en adelante; ha podido seguir el hilo rojo del egotismo en sus dos aspectos troncales, como subjetivismo en el pensar y como voluntarismo en la moral.¹⁷ Ahora hace que Nietzsche aparezca en escena como aquel que cambió la *voluntad de vivir* schopenhaueriana en *voluntad de ser poderoso*, implantando como un deber la afirmación «de la voluntad a toda costa y de ser fuerte de modo cruel aunque hermoso» [Santayana (1939), p. 114]. Pero traducir *der Wille zur Macht* por *the will to be powerful* no es un buen comienzo. Afuera la guerra está en todos los periódicos, en todas las conversaciones; Santayana confiesa que no puede pensar en otra cosa. Y los términos de su primera aparición van a orientar todo su recorrido, como si su figura quedara

caracterizada suficientemente por el pacto demoníaco de trocar el vivir por ser poderoso. Santayana trata de seguir esa pista leyéndole como un lector anónimo se diría, sin permitirse ninguna complicidad filosófica con el autor. Se coloca a distancia, y desde allí escribe para un lector medio, consciente de estar ante un caso extremo del que con dar dos noticias quedaría su verdad de manifiesto. Es algo que ha venido haciendo en todo su recorrido, y ahora sin embargo con Nietzsche resulta imposible hacerlo, no impunemente, sin auto-lesionarse. Porque hace daño escucharle decir: «Nietzsche expresa la falsa y despreciable idea de que no podemos interesarnos en nada, excepto en nosotros mismos y en nuestro futuro. Yo soy un solitario, dice el egotista romántico, y me basto a mí mismo. El mundo es mi idea, nueva cada día: ¿qué tengo yo que ver con la verdad?» [Santayana (2014), p. 135]. Igual como desconcierta leer el par de líneas en las que «se resume todo su *Jenseits von Gut und Böse*» [Santayana (2014), p. 132], con ese desparpajo periodístico, para el que no vale la pena darle más vueltas al asunto. Ni una sola vez dejará que Nietzsche se le acerque, ni permitirá que se haga presente lo aprendido de esa cercanía en el pasado.¹⁸ Todo lo que se le pide es que ejemplifique la apoteosis final del egotismo alemán, una parábola que comienza en una iglesia con el nacimiento del hombre interior y ha de terminar en locura, profetizando el superhombre, y sometido a régimen psiquiátrico de por vida... Y aquellos tiempos de guerra le dan la razón.

9.

A menudo se hace difícil seguir este orden de razones, dicho sea sin desmerecer en absoluto la dignidad intelectual de Santayana ni el interés que tiene su libro, pero se hace difícil. El propio autor hay veces que también parece estar a disgusto, suspendiendo el juicio y cediéndolo al lector, porque «es difícil saber si nos engañaríamos más tomando en serio estos arranques o pasándolos por alto» [Santayana (2014), p. 139], por ejemplo. Aunque será en las últimas pala-

bras de despedida que le dedica al final del capítulo 13, donde dibuja un epitafio ecuánime para Nietzsche, y diríase que se disculpa, saludando al «amigo de nuestra conciencia, pleno de agudo ingenio y de generosas intuiciones», cuyo «corazón se niega a sí mismo el consuelo», y su «intelecto se pierde en el caos» [Santayana (2014), p. 146]. Escuchándole, diríase que lamenta no haber podido hacerle justicia a la maligna sabiduría con la que está construida su prosa.

*

Hemos intentado dibujar en este texto una aproximación a la impedimenta intelectual con la que cargaba Santayana al escribir su obra, tanto por lo que hace a la noción de egotismo, como a la incidencia de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, por lo que hace a Nietzsche, la extrañeza que levanta su modo de enjuiciarle depende también de un tercer factor, mucho más elemental. Hoy no leemos a Nietzsche a la misma distancia. Nos llega con una aureola de posteridad de la que entonces carecía, ocupando un espacio indiscutible en la historia del pensamiento, y además nos llega al completo, en ediciones fiables. Hoy no faltan expertos dispuestos a inventariar al detalle esa maligna sabiduría que Santayana deja aquí de lado. Nuestro juicio sobre el asunto podría tildarse entonces, si no de injusto, por lo menos de cómodo. Y lo es, lamentablemente. Santayana no podía prever el estremecimiento con el que hoy vemos a Nietzsche, hundido en la soledad más absoluta, pero escribiéndole a su editor que en pocos años su *Zarathustra* habrá vendido millones de ejemplares —como probablemente así fue—. No podía imaginar que en el futuro se leerían los textos de Nietzsche con ese estremecimiento; que no se podría dejar de contar con él... —dicho sea como disculpa y para que conste.

L'Escala, mayo de 2020

NOTAS

¹ Con anterioridad a esta fecha, consta en el *Gran diccionario clásico de la lengua española* (1846-47) de Ramón Joaquín Domínguez, como «Nombre dado a una especie de filósofos cuyas doctrinas estaban basadas en el egoísmo»; y en el *Diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana* (1901) de Miguel de Toro y Gómez, «Palabra inventada por los ingleses y lo mismo que egoísmo y egolatría viene de *ego* pronombre latino que significa: yo». Por lo que hace al DRAE, se mantendrá en lo esencial la primera definición, pero con unas curiosas variaciones: en 1936 al «Afán de hablar» se le añade «o manía» (que desaparecerá en 1950); en 1970, cambia la maqueta: «Prurito de hablar de sí mismo | 2. Sentimiento exagerado de la propia personalidad». En la edición de 1984 el «prurito» es sustituido nuevamente por «afán». En 1992, prevalece «prurito».

² *The Spectator*, n.º 562, 2 de Julio 1714, recogido en Hurd (1811), pp. 116ss. Hay que añadir que, para mayor complicación, la edición completa de *The Spectator* no tardó en traducirse al francés, reenviando la reflexión de J. Addison a su punto de partida. Acompañado de la entradilla, «De l'Égotisme & des Égotistes, ou de ceux qui parlent toujours d'eux mêmes», se traducirá el texto en cuestión en el tomo VI de *Le Spectateur ou le Socrate moderne*, Chez François-Guillaume L'Hermite, París 1726; pp. 9 y ss.

³ Addison apoya su noticia en la siguiente página de la *Logique de Port Royal*: «Feu Monsieur Pascal, qui savait autant de véritable Rhétorique, que personne en ait jamais sù, portoit cette regle jusques à prétendre qu'un honnête homme devoit éviter de se nommer, & même de se servir des mots de *je* & de *moi*. & il avoit accoutumé de dire sur ce sujet que la pieté chrétienne anéantie le *moi* humain, & que la civilité humaine le cache & le supprime». Y unas líneas más abajo se propone el siguiente ejemplo de quienes incumplen esta regla: «C'est ce qui fait voir qu'un des caractères des plus indignes d'un honnête homme, est celui que Montagne a affecté, de n'entretenir ses lecteurs, que de ses humeurs, de ses inclinations, de ses phantasies, de ses maladies, de ses vertus & de ses vices». *La Logique ou l'Art de penser*, Chez Mathieu Liberal, Lion 1712⁶; III partie, chap. XIX, p. 350.

⁴ Así, en el *Nouveau dictionnaire universel de la langue française*, de Prosper Poitevin (C. Reinwald, París 1856) se lee lo siguiente, traduzco: «*Egotismo*. Sentimiento de nuestra personalidad: "Tal vez esta necesidad de felicidad que os devora, este odio a la injusticia, esta sed de libertad que sólo se apaga con la vida, son las facultades constitutivas del *egotismo*, calificativo con el que los ingleses designan el amor propio, considerado como un derecho humano" (G. Sand). Sinónimo: *Egoísmo*». La cita de George Sand, pertenece a su nove-

la *Indiana*, en *Œuvres* de George Sand, Hautman et Cia, Bruselas 1842; p. 254. Monsieur Poitevin se olvida en su transcripción del final de la frase, que añade: «y no como un vicio».

⁵ En las primeras líneas del ensayo que le dedica, queda de manifiesto la notoriedad que ya ha adquirido el término. «C. Stryiński acaba de publicar un nuevo volumen de las memorias inéditas de Stendhal, con el título de *Souvenirs d'égotisme*, aparentemente muy moderno y contemporáneo [*toute moderne et contemporaine*], y que sin embargo fue idea del autor mismo» [Bourget (1920), p. 344].

⁶ El mismo año, dará la réplica al texto de Nordau, P.J. Mobius, en *Über das Pathologische bei Nietzsche*, texto más armado científicamente, donde dice: «El ensayo de Nordau sobre Nietzsche tiene graves deficiencias, sí, en general es malo, pero hay también en él muchas cosas que son verdad» [Mobius (1902), p. 35]. La notoriedad del texto de Nordau se manifiesta claramente en la amplitud y la presteza de sus traducciones a otras lenguas: al francés, versión de Auguste Dietrich (Félix Alcan, París 1894); al inglés, sin mención del traductor (D. Appleton & Co., New York 1895); y al español, en traducción de Nicolás Salmerón García (Librería Fernando Fé / Sáenz de Jubera Hnos., Madrid 1902). En francés y en español, *Ich-Sucht* se traduce por *egotisme* / *-ismo*; en inglés por *Ego-mania*.

⁷ George Santayana, *Egotism in German Philosophy*, J. M. Dent & Sons Limited, London & Toronto; Charles Scribner & Sons, New York 1916. Se reeditarán en 1940, con ocasión de la Segunda guerra mundial, añadiéndose un nuevo prefacio y un *Postscriptum*, «La naturaleza del egotismo y de los conflictos morales que perturban el mundo». La tradujo al español Vicente P. Quintero, para la Editorial Imán de Buenos Aires, en 1942. Actualmente se cuenta con la edición de Daniel Moreno Moreno (Biblioteca Nueva, Madrid 2014), en la que se añaden como apéndices tres textos: dos de Santayana: «Qué es el ego» (un capítulo finalmente desestimado por encontrarlo «demasiado técnico») y el capítulo VIII de *Apología pro mente sua*: «La crítica», además de un artículo de Edward L. Schaub, «Afirmaciones de Santayana sobre la filosofía alemana», publicado originalmente en la renombrada edición de P. A. Schilpp, *The Philosophy of George Santayana* (Northwestern University Press, Evanston 1940).

⁸ Según expresión de A. Wolf, en *The philosophy of Nietzsche*: «Desde el estallido de la guerra, Nietzsche ha adquirido una notoriedad poco envidiable. Su nombre se ha convertido en un emblema entre nosotros. Gracias a la influencia de la prensa y el púlpito, es comúnmente considerado como uno de los villanos en el terrible drama que ahora tiene a casi todo el mundo como escenario» [Wolf (1915), p. 9].

⁹ Uno de los documentos primeros de este emparejamiento es la tesis doctoral de Albert Levy, *Stirner et Nietzsche* (Société Nouvelle de Librairie et Édition, París 1904), defendida en la Universidad de París aquel año. Respecto del *Anarquismo egoísta*, movimiento(s) todavía activo(s), véase: <https://web.archive.org/web/20090421095115/http://www.nonserviam.com/egois-tarchive/>

¹⁰ «La moralidad agota en el corazón del hombre todos los resortes de su actividad, los deseos, las pasiones, el egotismo, la tendencia a perseverar en el ser, y a aumentar ese ser y la voluntad de poder» [Faguet (1918), p. 114].

¹¹ La afirmación corre a cargo de Maximilian A. Mugge, traductor de Nietzsche y de von Treitschke. Véase su *Friedrich Nietzsche*, Brentano's, Nueva York 1909, p. 56.

¹² Y añade: «Sean cuales sean las críticas que se hagan a Nietzsche y sus puntos de vista, y de hecho pueden hacerse muchas, la acusación de que incitó deliberadamente a Alemania a una guerra de agresión es infundada» [Wolf (1915), p. 10]. De particular relevancia es su impugnación de las alusiones que Bernhardt recoge del *Zarathustra*, en provecho de su causa [cf. Wolf (1915), pp. 17ss.].

¹³ Heinrich von Treitschke, *Deutsche Kämpfe. Neue Folge. Schriften zur Tagespolitik*, S. Hirzel, Leipzig 1896.

¹⁴ Friedrich Von Bernhardt, *Deutschland und der nächste Krieg*. Cotta, Stuttgart 1912. En el texto, las referencias a von Treitschke serán omnipresentes. Cuando Santayana publica su obra, la traducción inglesa (General Friedrich Von Bernhardt, *Germany and The Next War*, traducción de Allen H. Powles, Edward Arnold, London 1914) lleva ya catorce reimpressiones. De la multitud de réplicas y contrarréplicas que se publicaron en inglés, fue especialmente popular la del creador de Sherlock Holmes, A. Conan Doyle, *Great Britain And The Next War*, Small, Maynard & Co, Boston 1914.

¹⁵ Véanse al respecto las consideraciones del editor en español, Daniel Moreno, y en particular su referencia a la carta que en diciembre de 1914, Santayana le dirige a Mary W. Winslow, en la que dice: «Quizá en América no estéis tan obsesionados como aquí con esta Guerra, pero soy incapaz de quitármela de la cabeza... He leído y estoy leyendo todos los libros alemanes que encuentro que arrojen luz sobre su comportamiento, y he comenzado a escribir sobre el asunto – no exactamente porque lo desee, sino porque es imposible pensar con seriedad y de forma continuada en ningún otro asunto»; en «Introducción: El egotismo como paso en falso de la filosofía» [Moreno (2014), p. 17]. Y así lo reconoce Santayana, con matices, en el prefacio a la primera edición: «This book is one of the many that the present war has brought forth, but it is the fruit of a long gestation. During more than twenty years, while I taught philosophy

at Harvard College, I had continual occasion to read and discuss German metaphysics...» [Santayana (1916)].

¹⁶ Véase el recorrido que traza Daniel Pinkas, en «Remarks on Santayana's Use of the Concept of Egotism» (2016) (en *Limbo*, n.º 36, 2016) siguiendo el rastro de la noción a lo largo de sus publicaciones; donde aparece frecuentemente como la antítesis de las virtudes filosóficas de las que Santayana se reclama: humildad, desilusión y desapego [*humility, dissillusionment and detachment*]. El egotismo quedaría entendido así como el pecado original filosófico, esto es: *the denial of the fact that there is a nature of things* —en palabras de Isaiah Berlin.

¹⁷ De este modo definirá el egotismo en el nuevo prefacio a la edición de 1940, como «subjectivity in thought and willfulness in morals» [Santayana (1939), pp. ix-x].

¹⁸ Germán Cano constata, por ejemplo, la notable semejanza de la posición estratégica con la que encaran el protestantismo Nietzsche y Santayana, al detalle [cf. Cano (2008), pp. 118ss.]. Y sin embargo, cuando Santayana trate del protestantismo en el libro tampoco se producirá ningún acercamiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURGET, P. (1920). *Essais de psychologie contemporaine* (Édition définitive), Plon, París; vol. I.
- BRANDES, G. (1915). «An Essay On Aristocratic Radicalism» (1889), en George Brandes, *Friedrich Nietzsche*, The Macmillan Co. New York, traducción de A. G. Chater.
- CANO, G. (2008). «Sobrevolando el zoo humano: Santayana y el egotismo protestante», en Jacobo Muñoz y Francisco José Martín, eds., *El Animal Humano. Debate con Jorge Santayana*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 109-136.
- EMERSON, R. W. (2000). *The Conduct of Life*, en Emerson, *The Essential Writings of Ralph Waldo Emerson*, The Modern Library, Nueva York.
- FAGUET, É. (1918). *En lisant Nietzsche* (1904), Société Française d'Imprimerie et Librairies, París; traducción de G. Raffalovich, *On reading Nietzsche*, Moffat, Yard & Co., New York 1918.
- HURD, R. (ed.) (1811). *The Works of the Honourable Joseph Addison*, T. Cadell & W. Davies, Londres.
- LICHTENBERGER, H. (1898). *La Philosophie de Nietzsche*, Félix Alcan, París.

- MOBIUS, P. J. (1902). *Über das Pathologische bei Nietzsche*, Bergmann, Wiesbaden.
- MORENO, D. (2014). «Introducción: El egotismo como paso en falso de la filosofía», en George Santayana, *El egotismo en la filosofía alemana*, (2014).
- NORDAU, M. (1892). *Entartung*, Karl Dunder, Berlin; vol. II.
- PINKAS, D. (2016), «Remarks on Santayana's Use of the Concept of Egotism», *Limbo*, n.º 36, pp. 41-56.
- SALOMÉ, L.-A. (1894). *Friedrich Nietzsche in seine Werken*, Carl Konegen, Viena; traducción al español de L. F. Moreno Claros, en Ed. Minúscula, Barcelona 2005.
- SANTAYANA, G. (1916). *Egotism en German Philosophy*, Dent, Londres.
- (1939). *Egotism en German Philosophy*, Dent, Londres.
- (2014). *El egotismo en la filosofía alemana*, traducción de Vicente P. Quintero, Biblioteca Nueva, Madrid.
- STENDHAL (1922). *Souvenirs d'Égotisme*, Le Divan, Paris.
- TREITSCHKE H. Von (1896), *Deutsche Kämpfe. Neue Folge. Schriften zur Tagespolitik*, S. Hirzel, Leipzig.
- WOLF, A. (1915). *The philosophy of Nietzsche*, Constable & Co., Londres.